

HELIA

Serie 1.ª N. 1.º

Bogotá.

HELIA

Bogotá — República de Colombia — Octubre 20 de 1905

Más de dos palabras

En charla de amigos cordiales preguntábamos no hace mucho si sería oportuno fundar en Bogotá una Revista con ilustraciones para dedicarla cariñosa, casi fraternalmente, á nuestras hermosas damas y á nuestros inteligentes conterráneos.

Se nos dijo que aquello estaría muy bien hecho: fuimos desde entonces cuotidianamente y á todas partes seguidos por la idea; para complacernos fue preciso darle forma, y han sido necesarios unos cuantos días de continuo trabajo, de contrariedades que ya parecían interminables, para que podamos dar principio y tengamos el gusto de ofrecer en esta fecha el primer número de la proyectada Revista.

Publicaciones que han tenido gran éxito en países lejanos y que gozan de justa reputación, empezaron su vida, si no tan bien intencionadamente como HELIA, sí con recursos más en efectivo que la buena voluntad, para subsistir; las ciudades en donde nacieron, no sólo tenían cuanto es preciso para la buena confección de Revistas ilustradas, sino que fueron solícitas y envolvieron á sus hijas en mantillas de seda.

Como el trabajo que acabamos de imponernos es casi superior á nuestras fuerzas, no será la indiferencia del público lo que nos estimule para los días que vienen. Con todo, aunque el sacerdote deba vivir del altar, y el periodista de la prensa, nos tendremos por no desairados si HELIA se sostiene, así para bien de Bogotá la caballeresca, "doctoral y alegre," como para satisfacción nuéstra.

Imprudente sería que señalásemos, aunque hacerlo haya sido costumbre, una línea de conducta para tener que modificarla poco después: bien estará pedir desde ahora que se nos disculpe si vamos tal vez á irrespetar un poco el arte de las transiciones en beneficio de la franqueza de nuestra labor. Nada queremos prometer, pero esperamos, mediante el favor del público, trabajar con entusiasmo hasta producir algo completamente satisfactorio.

Desde el principio queremos que en el diminuto gobierno de nuestra empresa nada sea confiado á la casualidad ó á la irreflexión, pues ya hemos tenido campos en donde observar que toda rectificación es dolorosa.

No tenemos, al menos por ahora, intención de ocuparnos en política, ésta se distribuye gratis: si alguna vez lo hiciéramos, no sería para reír del todo ni para enfadarnos por completo. Cuando hagamos crítica, si es que de tanto hemos de ser capaces, ni le mezclaremos el mucho por ciento en ironías ni la tomaremos muy á lo serio; por acá suelen adquirirse vicios, entre ellos el de sacar á relucir la más ó menos escasa autoridad con tanta mayor insistencia cuanto más trivial haya tenido á bien presentarse el asunto.

Que la Lealtad sea con nosotros: deseamos ir acompañados por esa virtud joven y hermosa.

La selección de contenido para HELIA será lo más escrupulosa posible. Quisiéramos tener en nuestra redacción á Martínez Sierra para que con toda frecuencia contase á nuestras amables lectoras cuentos de labios en flor, y á muchos dibujantes ensoñadores para que dejaran en estas páginas las mejores de sus impresiones; pero tenemos en Bogotá muy acertados lápices y plumas que saben escribir cosas muy bellas.

Sin haber dejado de pensar en que se necesita tener al frente lo desconocido para ir con gusto hacia adelante, conviene recordar que somos una interinidad y que la nuéstra bien puede terminarse con la salida del presente número. Hay en toda vida por cada día de grandes esperanzas un año de grandes decepciones......

Apuntes bogotanos

El domingo se muere la ciudad. Sobre las cúpulas y los techos ennegrecidos, sobre los jardines llenos de cipreses y de otros árboles que sufren, hay un silencio que adormece.... Cae de lleno el sol de medio día pero nada se alegra bajo la luz; las calles permanecen desiertas durante horas enteras. En el balcón largo de un cuarto piso un señor se pasea muy despacio...... va, vuelve, una hora y otra, todo el día, con regularidad automática. Desde la torre de La Catedral, vetusta y de un amarillo indeciso, echa el reloj á volar las horas. En el jardín algunos inválidos duermen al sol sentados en las bancas y un demente lleva con su bastón el compás de una música imaginaria. Pasan muchos minutos sin que persona alguna salga á la escena; al cabo aparece por la esquina más inmediata una viejecita apoyada en un palo y envuelta en su mantilla color de hoja seca: viene pensando en que su tiempo se ha perdido, pues no hay á quien pedir la limosna. Pasan otros muchos minutos, suena débilmente una campanilla: es un tranvía que atraviesa perezosamente la plaza conduciendo á un caballero de gafas oscuras que va dormido, y á una Hermana de la Caridad, toda blanco y negro, que fija la vista en el suelo y lleva las manos cruzadas entre las mangas. El Capitolio en ruinas, con las columnas truncas y las cornisas desportilladas es un esqueleto colosal bajo la tristeza del sol; en el atrio y en mitad de la portada está un centinela con uniforme color del muro, tan inmóvil que parece hecho de la misma piedra que el edificio. Erecta sobre uno de los ángulos hay una estatua de la Paz, ennegrecida como si hubiera recibido el humo de muchas batallas......

El aire se hace más cálido; se fatiga la vista. Sobre los dos cerros altísimos y yermos que miran la decrepitud de la ciudad hay dos ermitas blancas en una soledad suprema, dos símbolos de tris-

teza perdurable: desde sus altares desmantelados, llenos de polvo y sin olor de flores, sin humo de incensarios, están protegiendo la ciudad el Cristo maniatado que llora y sangra y la Virgen llena de nostalgias entre su manto bordado de flores antiguas.

Pero la hija del águila negra se siente cada vez más humillada; la ciudad de las granadas de oro se manifiesta miserable como la viejecita que pasó tristemente bajo el sol, envuelta en su mantilla color de hoja seca......

ALBERTO SÁNCHEZ

Páginas sueltas

La generosidad, que consiste en ocuparse del bien de los demás, engendra muchos egoísmos. El hombre hace el bien, mediante un jornal de aplausos. Encarando las cosas de otra suerte, podríamos decir que compra una cantidad determinada de aplausos, mediante una suma convenida de "bien." Los que no tienen talla de benefactores, no se resignan á renunciar á la gloria, y se la procuran mediante un puñado de moneda falsa. Así se forman las que podríamos llamar reputaciones de escalera de servicio, que gozan de las mismas ventajas que las de ley, pero que no se ven sacudidas por los mismos vuelcos.

Para los hombres hábiles, las multitudes son como el teclado de un piano: basta herirlas en un sitio convenido, para arrancarles la vibración deseada. Porque en la humanidad como en el hombre, encontramos el cerebro que ordena, los nervios que trasmiten y los miembros que ejecutan. Sustraerse á esa ley, es más difícil que cambiar el rumbo de los planetas. Las mayorías reciben el impulso de un pequeño grupo de seres más inteligentes, trasmitido por un pequeño grupo de seres más decididos. El pueblo ha obedecido hasta ahora á esas fuerzas, y si ha llegado á libertarse de una, ha sido para caer bajo la dominación de otra. Sólo cambiando las bases de la sociedad, será posible acabar con esa explotación del hombre por el hombre.

La influencia de los periódicos y la de los hombres públicos es decisiva. Cada uno de ellos almacena la cantidad de "pueblo" necesaria para dar lustre á su voz, y se hace gerente de un gran número de vidas, á las cuales se substituye. De manera que las luchas quedan circunscriptas á una cantidad determinada de hombres que representan muchedumbres y que, como los generales de los ejércitos, asumen toda la gloria ó toda la vergüenza de la acción.

Para hacer la historia de un pueblo, quizá baste hacer la de sus directores intelectuales, puesto que aquél se divide siempre en grupos que visten el uniforme de ideas de éstos. Cada dirigente adopta una actitud que es el símbolo de los vicios ó cualidades que le dominan. El grupo de pueblo que se ha dejado sugestionar por su voz y que le sigue creyendo guiarle, sólo exige que sea consecuente con su manera de obrar, y que si se apercibe de su error, lejos de confesarlo, persista en él. De ahí que el hombre público sea en cierto modo el esclavo de sus esclavos, en el sentido de que la multitud á la cual emborrachó un día con un litro de ideas, exige que se le sirva siempre del mismo licor, amenazando, si así no se hace, con pasar á la taberna de en frente. Y como no es posible que un hombre tenga invariablemente razón ó esté de acuerdo siempre consigo mismo, resultan esas situaciones falsas y contradictorias, á raíz de las cuales los dirigentes se ven arrastrados á persistir en el error, por imposición tiránica de aquellos á quienes dominan.

....

MANUEL UGARTE

Cartas de mujeres

¡Sólo Dios sabe cuánto he luchado antes de escribirte! Creí volverme loca. ¡Otra vez he de ser yo quien perdone! Y si los que queremos bien no perdonásemos, ¿qué sería de los que queréis tan mal? ¡Cómo juegas con mi cariño! ¡Tan seguro estás de que no ha de faltarte! Gentes más prácticas en sutilezas de amor me reprenden, porque te muestro mi cariño sin ambages; tienen razón. ¿Qué afanes ni cuidados has de tener por conservar lo que sabes muy bien que es tuyo y nadie puede quitártelo? Pero si dejas de quererme, no podrás nunca disculparte con haber dudado de mi cariño. Ya lo sabes, no te inquietaré nunca con celos ni desvíos. Perderás mi cariño sabiendo que existía grande, inmenso. Si yo fuera Dios, no dejaría dudar de mi existencia á los pecadores; y el que se condenase, sabría muy bien lo que perdía al perderme. No hay tormento comparable á la duda. ¡Ay Dios mío! ¡Si tu cielo pudiera abrirse y al par el corazón de los que amamos! Si la duda no fuese posible, ¿quién se condenaría? ¡Y quieres que no sufra si es para mí quererte un infierno de dudas! No creo en ti, no puedo creer; este es mi tormento. Por qué? Porque todo me demuestra que en el amor se juega siempre una partida desigual: uno que quiere, otro que se deja querer. Si el cariño que sobra de un lado no acudiese á reparar el desequilibrio del otro, no habría castillo de naipes levantado por el amor, que no viniese á tierra al primer soplo. En nuestra partida me tocó en suerte el papel difícil y triste; querer á quien se deja querer y sin embargo más lo parece el tuyo, según estás en él de torpe. No hay ceguedad que valga para no verlo, y cuidado si mi ceguedad es grande. No tienes para tus faltas mejor abogado que mi corazón. Antes que tú, discurre mil disculpas para cada una; tan bien buscadas, que al oír las tuyas, me parece mejor cualquiera de la que antes mi corazón te previno. Vuélve, pues, á verme. Pero no vengas apercibido de mentirosas disculpas. No quiero oírlas; si nuestro cariño ha de vivir por virtud del mío, él me dará remedio para todo. No me quieras, déjame quererte.

JACINTO BENAVENTE



Clisé Manrique

"ULTIMOS REFLEJOS" POR J. M. ZAMORA

Si el paisaje es, como lo afirman Ruskin y sus discípulos, una creación literaria, él no puede ser comprendido sino merced á un apreciable vigor espiritual. Ver, á todos los humanos fue concedido; sentir solo á un grupo de selección.

La exteriorización del sentimiento del paisaje, por la pluma ó el pincel, sirve para valorar á un artista. Debe expresar todo lo que ve y siente; no todo lo que hay. Un pintor ó un poeta de verdad no llevan á sus creaciones los detalles inútiles ó si se quiere, los que no le conmovieron. Todos han dicho que el paisaje es un estado de alma, y lo que á él sea extraño, constituye un error en los procedimientos artísticos.

La emoción del-paisaje será tanto mayor, tanto más nítida, cuanto mejor corresponda á un recuerdo, á un estado psíquico. De aquí la belleza por excelencia de la literatura que se ocupa del alma ó del paisaje visto á través del alma. Un crítico de arte considera como obra maestra en el género, las expresiones del más notable poeta lírico de la España contemporánea, cuando dijo:

" Me llenan de una dulce melancolía esos jardines de rincón de hospital, formados por tapias de ladrillo que se derrumban y por las que las enredaderas han colgado sus finos hilos de hojas. En otoño suele haber algún banco viejo, porque en las tardes de cielo azul y sol amarillo, los enfermos van á sentarse al amor de su placidez. Cuando viene cayendo la tarde y en la hierba dorada y trasparente tienden los árboles las sombras alargadas de sus troncos, y por todo el jardín flota un recuerdo divino de primavera, una esencia de alegría más triste que la alegría del alma de Mayo, una serenidad que nos hace pensar en los muertos y en los cementerios, esos rincones plácidos se inundan de un encanto infinito: el Sol tiene para ellos un rayo de oro sonrosado, y las enredaderas se tiñen también de rosa y de oro, y los ladrillos; y algún geranio que ha florecido entre la hierba enciende con esa lumbre espiritual su flor roja. "

Nuestros principales artistas han tenido el acierto de buscar lo que debe hacerse, acierto deveras estimable porque ha ocurrido durante una época en que la originalidad *á outrance* ha hecho que los pintores, los paisajistas sobre todo, se hayan preocupado con insistencia lamentable y en persecución de éxitos inmediatos, nó por buscar lo que debe hacerse sino por hacer lo que no se haya hecho todavía. " Pocos son los que sueñan con la belleza inmortal que flota sobre las escuelas y sobre los tiempos ". El cuadro de Zamora, que hemos reproducido con gusto, dice harto expresivamente lo mismo que acabamos de decir.

HACIA EL JAPON

EL CRISTOBAL COLON CHINO

A bordo del " Sydney "

En esta cosmópolis flotante, entre los egipcios de perfiles de ave de presa y los indios de grandes ojos ojerosos, entre los japoneses cortos de talle y los anamitas femeniles, un personaje singular, suntuoso, grave y enigmático, interesa especialmente. Los oficiales franceses se acercan á él con respeto, y los niños, viéndole desde lejos, abren sus bocas deliciosas.

Es un chino.

Pero no es un chino vulgar, un mercader, un banquero, no, ni siquiera un diplomático, sino un sabio chino, un chino doctoral, un chino que si no fuera imponente, sería caricaturesco. Su túnica negra, cubierta de dibujos áureos, deja descubiertos los pies descalzos. Sus lentes son redondos, como los que, en los retratos de Quevedo, miran con insolencia; pero muchísimo más grandes. Su trenza, en fin, su blanca trenza encanecida por el estudio, es una cola de rata interminable.

Se llama Ta - Yen.

Por la mañana, muy tenprano, atraviesa solemnemente los corredores y va á refugiarse en un saloncillo algo obscuro de la popa. Un criado le sigue, llevando siempre sobre la cabeza hasta veinte infolios cubiertos de pergamino. Y el trabajo principia. El sabio estudia.

De vez en cuando, al ver entrar á algún curioso, cierra el libro que lee ; sonríe, se incorpora, pregunta :

—¿ De dónde es usted ?

Y con una voz fina y gorjeante, como cantando, habla. Todas las lenguas europeas parecen serle familiares. Habla inglés, habla francés, habla italiano, habla portugués, habla español.

—El español es el que más he estudiado—me dijo el primer día que fuí á visitarle.

Luego, en buen castellano, me expiicó por qué.

—Porque estoy preparando una obra en la cual hablo de que la América toda fué quizás descubierta no por Cristobal Colón, sino por un navegante chino, un Colón amarillo.

Sin duda mi rostro indicó algún asombro irónico, pues Ta - Yen, siempre afable, se tomó el trabajo de explicarme que no se trata de una novedad, sino de una idea muy antigua y muy conocida.

—Ya en los Estados Unidos—me dijo—el sabio Masters ha publicado fragmentos de los doscientos treinta primeros volúmenes del *Yuen Kin - Lui - Han* ó enciclopedia china. Esos fragmentos establecen que, desde hace siglos, mis compatriotas están convencidos de haber descubierto Méjico. En todas las escuelas del imperio se estudia además una parte de otro libro, el *Wen - Hien - Tong - Kao*, que habla de eso como de un dogma científico, y hasta traza el itinerario que siguieron nuestros descubridores y que fué el siguiente : el Golfo de Lego Tong, las tierras coreas, las islas del Japón, las islas Kuriles, las nieves de Alaska, el Oregon, la California y Méjico. En un principio, todas las tierras del Nuevo Mundo se conocieron, entre los geógrafos chinos, con el nombre general de imperio de Fu - San. En las leyendas antiguas, los poetas hablan de aquel imperio, como los europeos hablaron más tarde del Perú y de Nueva España.

—Entonces—preguntéle — usted cree que....

Muy cortésmente me interrumpió.

—Yo no creo nada. Yo busco. Yo estudio. Ahora acabo de pasar un año en Génova. Más tarde iré á España. En Méjico y en California he vivido veinte años, buscando siempre pruebas que me ayuden á creer. Tengo esperanzas... Pero nada más que esperanzas. ¡ Es tan corta la vida ! Sólo para leer bien una de nuestras geografías clásicas, se necesita una existencia. Los sabios americanos me han ayudado mucho. Además de Masters, Lobscheid es partidario de la América china. El gran Bancroft probó que en las venas de los aztecas circula sangre mongólica Yo, por mi parte, he notado que el calendario mejicano y el chino son idénticos. Las arquitecturas primitivas de ambos países llamaron la atención de Humboldt. En fin, en las lenguas, no sólo notamos que la escritura es igual en sus remotos comienzos, sino que una y otra son monosilábicas y carecen de *r*. Si á esto agregamos mil detalles, como la idea de la transmigración de las almas, las atribuciones de las divinidades domésticas, los amuletos, la creencia en que un dragón devora al sol en sus eclipses, las reglas monásticas, que son idénticas en la China antigua y en el antiguo Méjico, no podemos dudar por completo...

Una pausa.

Luego:

—Ni afirmar tampoco..

Otra pausa.

Y para terminar, sonriendo siempre, siempre cantando, una sentencia digna de Anatole France:

—En el fondo, lo único que los sabios sabemos es estudiar.

Después abrió un gran infolio y dirigió hacia los misteriosos signos de sus páginas los dos lentes enormes que velan su mirada.

E. Gómez Carrillo

LIED

Traducción para " Helia "

Te dije una noche, bajo el milagro de un vasto cielo florecido como un jardín : — Cuán pequeño es el mundo cuando se le compara á nuestro amor !

Oyendo los ruiseñores, permaneciste á mi lado hasta que llegó el alba ; y al despedirte sollozando, dejaste entre mis manos tu pequeño dedal de marfil.

Te alejaste y contigo se fué la primavera...

Murió nuestro amor, porque todo ha de morir... El torreón ve languidecer la hiedra, y la hiedra lozana busca un nuevo torreón.

Mas tarde, en el retiro de una floresta de pinos, para ahuyentar el frio, hice un auto de fe con nuestras cartas de amor.

Extinguiéronse las llamas sobre el suelo húmedo de la floresta ; y con las cenizas llené el fondo de tu dedal de marfil.

Eugenio de Castro

LOS OJOS

(Sully Prudhomme)

Ojos garzos, suaves estrellas
De inefable movilidad,
En vuestra lumbre yo descubro
El paraíso sideral.

Ojos azules, ojos negros,
Hermanos todos en la luz,
En la sima de los sepulcros
Adormidos miran aún.

De las estrellas adorables
Adoraron el resplandor.
Los astros brillan para siempre
Y los ojos no ven el sol.

Más extinguirse por los siglos
Su luz ¡ oh dioses !, es tan cruel !
Quiza vean lo invisible
Aquellos ojos que no ven....

A la manera que los astros
Desaparecen sin morir,
Las pupilas más adorables
En su Poniente están allí....

Ojos garzos, suaves estrellas,
De inefable movilidad,
En vuestra lumbre yo descubro
El paraíso sideral.

Max Grillo

Diciembre de 1901.

LAS MUCHEDUMBRES

No todos pueden tomar un baño de voluptuosidad: es un arte gozar de la muchedumbre y solo este arte puede dar un hartón de vitalidad, á costa del género humano, á aquel á quien una hada inculcára, cuando niño, el gusto de la parodia y de la máscara; el odio del domicillo y la pasión del viaje.

Muchedumbre, soledad ; términos iguales y trasformables por el poeta activo y fecundo. El que no sabe poblar su soledad, tampoco sabe estar solo en una muchedumbre atareada.

Goza el poeta del incomparable privilegio de poder ser á su guisa él mismo y otro. Como aquellas almas errantes que van buscando un cuerpo, entra, cuando quiere, en el personaje de cada cual. Solo para él está todo vacante ; y si ciertos lugares parecen para él cerrados, es porque en su concepto, no valen la pena de que se les visite.

El paseante solitario y pensativo saca una singular embriaguez de esta comunión universal. El que se identifica fácilmente con la muchedumbre, conoce febriles placeres, de los que se verán eternamente privados el egoísta, cerrado como un cofre, y el perezoso, entre conchas como un molusco. Adopta como suyas todas las profesiones, todas las alegrías y todas las miserias que le ofrece la circunstancia.

Lo que los hombres llaman amor es muy pequeño, muy limitado y muy fácil, comparado con aquella inefable orgía, con aquella santa prostitución del alma que se da toda entera, poesía y caridad, á lo imprevisto que se muestra, á lo desconocido que pasa.

Bueno es hcer ver á veces á los felices de este mundo, auque no sea más que para humillar por un instante su presunción, que hay dichas superiores á la suya, más vastas y más refinadas. Los fundadores de colonias, los pastores de pueblos, los sacerdotes misioneros desterrados al fin del mundo, conocen sin duda algo de tan misteriosas embriagueces; y, en el seno de la vasta familia que su genio se creara, deben reirse á veces de los que les compadecen por su existencia tan agitada y por su castísima vida.

Carlos Baudelaire

EL AMOR

He creído ver á todas las horas que me quedan por vivir, volando ante mí lentamente un vuelo como de gaviotas al caer del sol en un día cálido.

Las alas, antes blancas, tienen hoy manchas de sangre, de mi propia sangre ; solamente una hora, la última, tiene alas blancas é inmaculadas.

Entonces he pensado que al menos mi muerte podrá ser dulce, tranquila...

Pero ha venido esta mujer que amo, y viendo que mis horas futuras están ensangrentadas y que solamente la última es blanca, me ha dicho:

—Quiero que sea como las demás.

(Yo no he preguntado por qué)

Ella ha dicho inmediatamente:

—Pero de donde sacar la sangre ?

Entonces le he mostrado mi corazón, le he dado un estilete y le he dicho:

—Hiere !

....

Cuando levantó la mano para herir, solo pensé en esto: " ¿podría yo ahogar mis gemidos para no aterrarla ? " Y cuando ella hirió no gemí, aunque el dolor fue terrible.

La sangre que saltó de mi corazón manchó las alas de la última hora de mi vida, que era blanca, y entonces comprendí que hasta mi muerte debería ser amarga y aterradora, pero no me ocurrió preguntar: ¿por qué esta mujer ha hecho conmigo semejante cosa? "

Porque así lo quería. Yo la amo.

Kasimierz - Preserva - Tetmajer

LAS NUBES

Mi adorada locuela me daba de comer, y por la abierta ventana del comedor contemplaba yo las mudables arquitecturas que Dios hace con los vapores, las maravillosas contracciones de lo impalpable.

Y me decía á través de mi contemplación:

" Todas esas fantasmagorías son casi tan bellas como los ojos de mi hermosa adorada, la monstruosa locuela de los ojos verdes "

Y de repente recibí una violenta puñada en la espalda, y oí una voz ronca y encantadora, una voz histérica y como oscurecida por el aguardiente, la voz de mi adorada que me decía:

—Acabará usted de comerse la sopa, señor mercader de nubes?

Carlos Baudelaire



Un retrato

Traducido para HELIA

HOLA! ahí está Milial! dijo alguien cerca de mí. Miré al hombre de quien hablaban, porque desde hacía mucho deseaba conocer á ese don Juan.

No era joven. El cabello gris, de un gris oscuro, tenía cierto parecido á esos gorros de piel que se usan en algunos pueblos del Norte; y la barba fina, muy larga, le caía sobre el pecho y parecía también algo de abrigo. Estaba con una dama, inclinado hacia ella, hablándole en voz baja, mirándola con una mirada llena de cortesías y de afabilidad acariciadora.

Yo sabía su vida, ó por lo menos lo que de ella podía conocerse. Había sido varias veces amado con locura, y habían ocurrido dramas en medio de los cuales estaba su nombre. Hablábase de él como de un hombre muy simpático, irresistible casi. Siempre que, para saber de dónde procedía tal encanto, interrogué á las mujeres que más lo elogiaban, ellas me contestaron, no sin vacilar en busca de una respuesta satisfactoria:

—Qué se yo! . . . es encantador!

En realidad no era un buen mozo, y no tenía las elegancias de que suponemos dotados á los conquistadores de corazones femeninos. Yo estaba interesadísimo por saber en dónde se ocultaba esa seducción: en el talento?.... jamás me habían citado sus palabras, ni elogiado su inteligencia; en la mirada?. . . tal vez; ó en la voz?. . . la voz de ciertas personas tiene gracias sensuales, irresistibles, sabor de cosas exquisitas; se tiene hambre de oírlas y el sonido de las palabras es para nosotros como una golosina.

—Conoces á Milial?

—Sí.

—Preséntanos.

Un minuto después cambiábamos un apretón de manos y charlábamos amigablemente. Lo que él decía era exacto, agradable de oír, aunque nada tuviera de extraordinario: la voz, en efecto, era suave, musical, acariciadora, sin embargo yo había conocido otras que lo eran más; se le escuchaba con el mismo gusto con que se miraría correr un lindo arroyo; ningún esfuerzo era necesario para seguir sus ideas, ninguna reserva sobrexcitaba la curiosidad, nada se esperaba que mantuviera vivo el interés. Su conversación era más bien reposada y no producía deseo de contradecir con viveza ó de aprobar con entusiasmo. Era tan sencillo replicarle como escucharlo. La respuesta venía á los labios por sí misma luégo que él había acabado de hablar, y las frases iban hacia él como si lo que había dicho las hiciera naturalmente salir de la boca.

Una reflexión me impresionó: yo lo conocía desde un cuarto de hora antes, pero me parecía como si fuera uno de mis antiguos amigos, como si todo en él me fuera familiar desde mucho tiempo antes: su figura, sus gestos, su voz, sus ideas. Después de unos minutos de charla ya estaba instalado en mi intimidad, todas las puertas estaban abiertas entre nosotros, y yo quizá le hubiera hecho sobre mí mismo, si él las hubiera solicitado, confidencias que ordinariamente no se hacen sino á los más antiguos camaradas.

Aquello era en verdad misterioso. Esos obstáculos que hay entre todos los seres, que el tiempo va derribando uno á uno cuando la simpatía, los gustos acordes, la misma cultura intelectual y constantes relaciones los han desbaratado poco á poco parecían no existir entre él y yo, y, sin duda, entre él y todos los hombres y mujeres que la casualidad ponía en su camino.

Al cabo de media hora nos separamos prometiéndonos vernos con frecuencia, y me dio su dirección después de haberme invitado á almorzar para el día siguiente.

Olvidé la hora precisa y llegué muy temprano: él no había entrado. Un criado correcto y mudo abrió ante mí un hermoso salón, algo oscuro, íntimo, discreto; me sentí en él tan cómodamente como en mi casa. Cuántas veces he notado la influencia de las habitaciones sobre el carácter y sobre el espíritu! Hay piezas en donde uno se siente torpe; otras al contrario, en donde siempre se siente uno verboso: las unas, aunque sean claras y estén blancas y doradas, entristecen; otras alegran, aunque estén coloreadas con colores oscuros. La vista, lo mismo que el corazón, tiene odios y predilecciones de que no nos da parte pero que nos impone secretamente. La armonía de los muebles, de los muros, el estilo de un conjunto, influyen instantáneamente en nuestra naturaleza intelectual como el aire del bosque, del mar ó de la montaña modifican nuestra naturaleza física.

Me senté en un diván que desaparecía casi bajo los cojines, y estuve sostenido por esos sacos llenos de pluma y cubiertos de seda como si la forma y el lugar de mi cuerpo hubieran estado de antemano señalados en ese mueble.

Luégo miré. Nada de brillante había en el cuarto; bellos pero modestos objetos por todas partes, muebles sencillos y raros, cortinas orientales que no parecían haber venido del Louvre sino de lo íntimo de un harem, y, frente á mí, un retrato de mujer. Era un retrato de mediano tamaño: mostraba la cabeza, el busto y las manos que sostenían un libro; ella era joven, estaba peinada en ondas y sonreía con tristeza. Bien porque no llevara adornos en la cabeza ó bien por su manera tan natural de estar, ningún retrato de mujer me pareció más propiamente en su casa que aquel en ese lugar; casi todos los que he conocido son representativos, sea porque la dama lleve un traje suntuoso, un peinado elegante, una intención de quedar bien primero ante el pintor y luégo ante todos los que han de mirarla, sea porque haya adoptado una actitud de abandono, un *négligé* muy meditado de antemano.

Unas están de pie, majestuosas, en plena belleza, con un aire de altivez que no han debido tener diariamente, otras afectan algún gesto en la inmovilidad del lienzo, y todas tienen algo, una flor, un dije, un pliegue de los labios, ó del vestido, que ha sido inventado por el pintor para completar el efecto. Que lleven sombreros ó encajes en la cabeza, ó solamente sus cabellos, se adivina en todas algo que no es completamente natural. Qué es? no se sabe porque no se las ha conocido; pero

se siente. Algunas parecen de visita en casa de personas á quienes desean agradar, á quienes pretenden mostrarse ventajosamente, y han para ello estudiado su actitud, modesta ó altiva.

Qué decir de aquélla? Estaba en su casa, y estaba sola; sí, estaba sola porque sonreía como se sonríe cuando se piensa solitariamente en algo triste y dulce, no como se sonríe cuando nos están viendo. Estaba tan sola y tan en su casa, que hacía el vacío en el gran apartamento, el vacío absoluto: lo habitaba, lo colmaba, le daba animación ella sola; podían muchos entrar en él, hablar, reír y aun cantar: ella estaría allí siempre sola, sonriendo; ella solamente comunicaría vida á todo con su mirada.

Esa mirada era también única. Venía diariamente sobre mí, acariciadora y fija, sin verme. Todos los retratos saben que son contemplados, y responden con los ojos; con ojos que ven, piensan y nos siguen sin abandonarnos desde que entramos al apartamento en donde habitan, hasta que nos vamos de él.

Pero aquel no me veía, ni veía nada, por más que su mirada viniese tan directamente sobre mí. Recordé un sorprendente verso de Baudelaire:

Et tes yeux attirants comme ceux, d'un portrait.

En efecto, me atraían de manera irresistible, me turbaban nueva, poderosa, extrañamente esos ojos pintados que habían vivido, que acaso vivían aún. Oh! qué encanto infinito y suave como una brisa que pasa, seductor como un cielo moribundo durante un crepúsculo de lila, rosa y azul, y algo melancólico como la noche que viene luégo, salía de ese cuadro oscuro y de esos ojos impenetrables! Esos ojos creados en unas cuantas pinceladas ocultaban en ellos el misterio de los que parece ser y no existe, de lo que puede aparecer en una mirada de mujer, de lo que hace germinar el amor en nosotros.

La puerta se abrió. El amigo Milial entraba. Se excusó por la tardanza y me excusé por la anticipación; en seguida le dije:

—Es indiscreción preguntar á usted quién es esta mujer?

Y el contestó:

—Es mi madre...... que murió muy joven.

Comprendí entonces de dónde venía la inexplicable seducción de este hombre.

GUY DE MAUPASSANT

MODAS

La manía de lo personal

Señores Directores de HELIA.

Como lo prometido es deuda, cumplo con remitir á ustedes oportunamente mi primera crónica de modas para su importante Revista.

La principal actualidad es algo interesantísimo, pues que se trata de una primorosa reaparición: la de los trajes pintados.

Un gran número de artistas se dedican hoy á tal pintura y el éxito ha sido inmenso desde luego que la nota más elegante consiste en llevar un traje pintado especialmente para uno.

La Srita. Lise Vigier, la más grande autoridad en trajes pintados, dice que gracias á la manía de lo personal, ha nacido la moda de *toilettes* de este género. Las mujeres poco satisfechas con lo que les confeccionaban el sastre ó la modista, y además temerosas de que su exclusivismo femenino sufriera á causa de la reproducción de un modelo, reproducción desastrosa en el caso de ser efectuada por una amiga, trataron de buscar algo de nuevo; de ahí los trajes pintados.

La exaltación de lo sencillo ha sido el principal empeño. Cualquiera que sepa manejar un poco el pincel está en posibilidad de pintarse un traje; por esta vez la moda demostrará mejor que nunca el buen gusto de cada persona.

Las que no saben de pinceladas mandan pintar sus trajes á un artista, previa escogencia de las guirnaldas y de los ramilletes, ó de las orlas que adornarán el delantero ó el ruedo de la falda; de esta manera siempre hay algo de su propia creación, algo que podría llamarse el "mínimum de lo personal."

Hoy todo se pinta: los biombos, los cojines, los quitasoles, los ridículos. Cosa muy natural es que se aproveche el precioso efecto de la pintura en la gran superficie que ofrece una falda y que resulta un adorno más lucido que los bullones ó los *plisses*.

Se puede pintar sobre gasa y sobre telas de seda ó de hilo; naturalmente las telas lisas son las más á propósito. Ciertos géneros acordonados, sobre los cuales hacen tan buen efecto los *motivos* decorativos, llevan aplicaciones pintadas, sostenidas por una puntada imperceptible ó con un hilo bordado que realce y venga á formar parte de la misma pintura.

Difícil es aconsejar sobre la elección de *motivos*. El buen gusto de cada una queda encargado de esa elección. Los adornos, muy sencillos unos, muy fantásticos otros, hacen más ó menos buen efecto según las personas que los llevan; sin embargo, lo más prudente es aceptar los *motivos* de colorido suave con una que otra pincelada de color más vivo; por ejemplo, una guirnalda de rosas de variados pétalos, realzada por unas cuantas manchas de verde que vienen á formar las hojas.

Un gran diseño que abarque todo el delantero de la falda puede ser de buen gusto, pero lo será más el pintar á la altura del volante pequeñas guirnaldas de flores. Se usan mucho las orlas *modern style* y diseños de gran fantasía. Pero la nota delicada por sobre todo es pintar solamente lo que antes se pirograbada, como los cuellos, las pecheras, los puños, etc.; y se hacen primores. No se trata de cambiar el estilo de los trajes, sino únicamente el decorado: el raso, por ejemplo, en vez de ser *broché* será pintado. La pintura más á propósito es la acuarela, pero pueden conseguirse los mismos efectos pintando al óleo con mucho aguarrás y colocando la tela sobre papel secante.

MARÍA ARLÓN

La parte artística de HELIA ha sido impresa en la conocida Casa tipográfica de los Sres. A. Cortés M. & Cª Nos complace llamar la atención del público hacia los trabajos de esta Casa editorial. Damos las gracias á los Sres. Cortés, especialmente al joven Abdías, jefe de la sección de maquinaria para impresiones en color, por la diligencia y cuidado que han puesto para ayudar la redacción artística de nuestra Revista.

Imprenta de LA LUZ—Bogotá—Puente de San Francisco

PAPELERIA

TIPOGRAFIA

Sellos de Caucho



A. CORTES M. & C.o

CALE 13, N.os 182 Y 184



Despacha
en las mejores
condiciones
los trabajos
que se le encarguen.

Renueva constantemente su material tipográfico.

Buen surtido de tipos de

estilos modernos